

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL DIVINO PERDON

¡Ha condenado a Jesús el cobarde juez, a pesar de haber reconocido y proclamado tantas veces su inocencia! Y ni una voz se alzó en defensa del Justo; nadie osaba oponerse a los designios malvados de los sacerdotes de la ley.

¿Dónde están los apóstoles y discípulos? ¿Dónde aquéllos a quienes el Divino Maestro colmó de beneficios, los que recobraban la vista, los que limpios quedaron de inmunda lepra? ¿Dónde se hallan cuantos en triunfo le recibieran días antes con gritos de júbilo y tendiendo sus capas por el suelo? ¡Acaso, muchos de los que clamaron «hosanna!» en aquella mañana luminosa, gritaban luego con vesánico furor; ¡Crucifícale!

Sólo Claudia Prócula la esposa de Pilato, ha osado interceder en favor del Justo, enviando un recado, que no fué entendido, al cobarde Poncio.

Pedro llora su triple negación; los otros discípulos se ocultan temerosos. María Santísima, Juan y Magdalena, sometiendo a la voluntad Divina, callan cual Jesús, que no ha querido defenderse y confundir a sus acusadores.

El Divino Jesús salió camino del Calvario.

Le acompañan los fieros soldados, que le escarnecen; los sayones, que le golpean y empujan; le precede el pregonero, que publica sus supuestos delitos, y le sigue una chusma vil que vocifera profiriendo insultos.

Jesús calla; no desmiente al pregonero, no se queja cuando le injurian y escupen, no profiere una palabra de reproche contra el pueblo ingrato y deicida.

Una mujer joven y hermosa, que llevaba en sus grandes y bellos ojos reflejada honda y secreta tristeza, en sus mejillas pálidas huellas de lágrimas ardientes, escuchó desde su morada el tumulto; oyó los furiosos gritos de la plebe, el relinchar de los caballos y la voz aguda del pregonero; mas no pudo entender las incuas palabras acusadoras.

No por vana curiosidad, sino atraída por impulso irreductible hacia el desconocido reo que a la muerte caminaba, salió la dama de su hogar corriendo al encuentro de Jesús.

Y, uniéndose a varias mujeres compasivas que aguardan llorando el paso de la lúgubre comitiva, ve acercarse lentamente al Divino Nazareno, abrumado bajo la cruz, lívido, cubierto de sangre, de sudor y asquerosas salivas, el rostro celestial, de los ángeles embeleso.

Entonces sintióse su corazón conmovido y, cayendo de hinojos, empañó amargo llanto sus pupilas, que miraban con ansiedad y compasión a Jesús.

¿Sería El?... Apenas osó en aquellos inolvidables instantes alzar del suelo sus ojos; arrepentida y ruborosa, no se atrevió a contemplar la faz del Maestro, mas su corazón le reconocía... ¡Si ella escuchara su voz grave y dulce! Ya no podría dudar entonces; porque aún dudaba... ¿Cómo creer que llevaran a una muerte cruel y afrentosa a su bienhechor, al dulce Rabi misericordioso?

El pregonero publicó una vez más la impía sentencia y las causas que la motivaran; pero la hermosa mujer no le oyó; tan abstraída se hallaba contemplando a Jesús al través de su llanto compasivo.

Llegó al fin el Reo inocentísimo al femenino grupo; se detuvo un momento y miraron sus dulces ojos a la dama con infinita misericordia; miraron a las piadosas mujeres que lloraban, y sus labios exagües profirieron una sublime frase de consuelo y enseñanza.

La dama pudo apenas contener un grito de angustia. ¡Era El!; había reconocido la dulce voz que se alzara para librarla a ella de muerte horrible, ignominiosa, la voz suavísima que la despidiera cuando todos sus acusadores hubieronse retirado, con palabras consoladoras de aliento y perdón... ¡Era El!

—¡Señor, Señor!—gimió la pecadora arrepentida, abatiendo hasta el polvo la frente.

Pero Jesús, empujado por la soldadesca, seguía ya su camino.

Apenas hubo dado unos pasos, cayó el Salvador bajo la cruz: un alarido angustioso de femenil garganta exhalado, rasgó los aires y unos brazos niveos tendiéronse convulsos hacia Jesús para ayudarle a levantarse; pero los soldados rechazaron a la triste que al dulce Rabi seguía; un insulto grosero flageló su rostro pálido que tiñóse de púrpura, y mientras levantaban a empellones al Caído celestial, la pecadora perdonada que quiso demostrarle su gratitud ofreciéndole como apoyo sus manos—purificadas por amargo llanto de contrición—, cayó desvanecida.

Al volver en sí, hallóse sola en la calle silenciosa, esmaltada por las huellas sangrientas que a su paso dejara Jesús.

Inclinándose muchas veces para poner sus labios en las gotas de sangre divina, la mujer caminó hasta el Calvario; antes de llegar a él, divisaron sus ojos al buen Jesús pendiente del afrentoso leño que quiso santificar y enaltecer y, cuando pudo unirse a las piadosas mujeres, de nuevo escuchó la dulcísima voz inolvidable que clamaba: «¡Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen!...»

Y creyó que también para ella pedía piedad.

Jesús ha muerto; ha rasgado el centurión con su lanza el amoroso Corazón que ya no late, y la pecadora, librada por el Maestro celestial de la dura sentencia de lapidación, ha retornado a su hogar intensamente conmovida, regando la tierra con su amargo llanto.

Pero aunque Jesús ha muerto, ella espera en El; con el centurión Longinos le reconoce y confiesa Hijo de Dios. Ya no teme que la desprecien sus familiares; no le causa cruel inquietud la idea de que jamás olvide la injuria recibida el esposo ultrajado; el dulce Rabi resucitará, vencedor de la muerte; ella cree en El, y su fe le prestará en todo instante ánimo para soportar el dolor que ha de hacerla digna de contemplar glorioso al Hombre Dios, a quien ha visto morir en una Cruz.

María BERTA QUINTERO

TRIPTICO DE LA ORACION

SONETOS

I

Oración de la Verónica

Al ruido de la gente tumultuosa,
sali a la calle triste y compungida;
te ví pasar: todo eras una herida;
ví tu mirada incierta y lastimosa.

Mirarme no podías, pues tu preciosa
sangre, turbaba tu visión perdida.
Dena me dió el cariño, y decidida
llegué a tu vera suave y silenciosa

No fui yo: fué el amor que me hacía daño
el que llevó mis manos a tu frente
para limpiar tu faz de augusta calma.

Y en premio me dejaste en aquél paño,
gravado tu tormento eternamente.
¡Grava, también, Señor, tu faz en mi alma!

II

Oración del Cirineo

Te ví pasar bajo aquel peso horrendo
de la Cruz que arrastrabas lentamente;
sangre y sudor ví juntos en tu frente,
y en el suelo caer te estuve viendo.

Cómo fué, no lo sé, ni lo comprendo;
pero a tu lado estuve, e impaciente,
cargué con el madero entre la gente,
y llevando tu carga, el monte asciendo,

Luego, me lo quitaron, y en la cumbre
del monte te clavó la ingratitud,
y blasfemó de tí la muchedumbre.

¡Ilumina a mi alma con la luz
que se enciende, Señor, en esa lumbre
del madero! ¡Devuélveme tu Cruz!

III

Oración de las Hijas de Jerusalén

Te vimos caminar por la calzada
con gesto de suprema desventura,
cargado con la Cruz de tu tortura,
y de espinas tu frente coronada.

Y sentimos el alma acongojada
ante tu pena llena de dulzura,
y lloramos por tí, y esta ternura
la premiaste, Señor, con tu mirada.

Nos mandas que llóremos por nosotras
y que por nuestros hijos hoy gimamos.
¡Por tí son nuestras penas y sentires!

Mas si Tú nos ordenas que sean otras,
por ellos y nosotras ya lloramos
con tal de que a nosotras Tú nos mires.

Hermenegildo RODRIGUEZ

ATRACCION DE FORASTEROS

Por Luis Ponce de León

Bien sé que choca mi sentir contra el parecer de muchos, pero estoy obligado a la sinceridad en la conversación con mis lectores, y debo decirles cuánto me recome y desalienta ver la festividad de la Pasión convertida en gran Feria y Atracción de Forasteros.

Recuerdo la Semana Santa que en el pueblo celebrábamos cuando yo era niño, y de esto no hace mucho tiempo. Una enorme carraca substituía a la voz de la campana gorda—de aquella campana en cuyas haldas estaba el nombre de mi tío, el párroco, don Rafael Ponce de León, que la mando fundir—, porque el ruido de los bronces resultaba escandalosamente alegre para estos días de triste rememoración. Igual que las imágenes cubiertas con morados paños iban las almas de los feligreses rurales vestidas de luto. Apenas salía nadie de su casa. Quedaban suspendidos los piropos moceriles, y hasta nuestros juegos de niños se interrumpían. Si quizá alguno de nosotros liaba el trompo, botaba la pelota o gritaba para jugar al escondite, «¡el china tengo!» con los puños extendidos, no faltaba otro que advirtiese: «No; ahora es pecado».

Dentro de nuestro corazón de chiquillos estaba bien metido, a golpes de tradición y de costumbre, el sentimiento de la Pasión del Señor.

Había silencio en las calles y en las plazuelas, silencio en los talleres artesanos, en las tiendas cerradas, en las casas familiares. Creo que hasta las carreteras eran poco frecuentadas en los grandes días en que Dios estaba «de cuerpo presente». Quizá algunos chaveas jugaban a las bolas, un poco a hurtadillas, hasta que uno, comido de remordimientos, advertía sin poder aguantar más: «¡Oye! Ahora es pecado»... ¡Dios mío! ¡jugar al «guá» era

pecado durante la agonía y muerte del Señor!

En todas las casas las gentes hablaban con voz de falsete por no perturbar el grave silencio litúrgico. ¡Chist... chist...! Aquella mudez, aquel profundo respeto envolvían una alegría honda, mesurada. No trabajar los mayores; no jugar los pequeños; no hablar; apenas, nadie. Y mirarse todos con una suerte de secreto y tierno júbilo, porque en el alma de todos estaba que, durante nuestro silencio, Cristo padecía, y de su padecimiento manaba la gloria, la esperanza, la indecible ventura de nuestra salvación. ¡Chist... chist...! Era preciso no turbar la cuidadosa, la afanosa, dolorosa tarea de redimirnos. Nosotros, que nos aprovechábamos sobrenaturalmente del trabajo de la Redención (así los hijos se aprovechan del sudor del padre), debíamos asistir a la obra con nuestra callada reverencia, henchida de gratitud. Cuando alguien está enfermo, se procura no hacer ruido alrededor. Cuando alguien sufre, se le envuelve en los cuidados del andar pasito, del balcón medio cerrado, del colchón mullido, del dulce callar alrededor de su aposento. Se advierte a los vecinos: «Por favor, no hagan ruido». Y así, de esta manera, celábamos todos, grandes y pequeños, cuando yo era niño, el sufrimiento del Señor, en estos días de la Semana Santa.

Yo sueño así la gran conmemoración de la Pasión de Cristo. Yo no entiendo los concursos de carteles (primer premio: 15.000 pesetas; segundo premio: 7.500 pesetas,) en los que se premia el dibujo de una guapa chica, con mantilla y claveles, que invita a tomar el tren (tarifas especiales, reducidas; trenes especiales incluso) para tal o cual parte. No entiendo los concursos de saetas (un primer premio de 3.000 pesetas; tres segundos premios de 750, y nueve accésits de a 100 pesetas cada uno) ni las emisiones

radiofónicas (ahora oirán ustedes la «Pasión según San Mateo», de Bach, por la orquesta de...) ni las propagandas periodísticas (en quinta plana: 600 pesetas los tres centímetros; el cliché por cuenta del anunciante). No entiendo que la fiesta de la Pasión del Señor sirva, sin escándalo de nadie, en una población cristiana, como atracción de forasteros. No entiendo cómo no hay algún predicador que en estos días lea desde el púlpito aquel pasaje del Evangelio en el que se habla de cierto templo, de ciertos mercados... y de cierto látigo en las manos airadas del Redentor.

Publicado en el periódico el «Pueblo»
31-3-1947.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

—«Yo he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad», ha dicho Jesús de Nazaret al cobarde Pilatos, procurador de la Judea, cuando éste le interroga ¿quién es Él?

—La incertidumbre del Poncio romano es grande ante la figura de Jesús. No acaba de ver clara la personalidad del acusado. Y cuando despues de hacerle varias preguntas, oye de sus labios que «ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad», su escepticismo filosófico, muy de moda entre los patricios romanos, le hace exclamar lleno de indiferencia y desconcierto.

—¿Y, qué es la verdad?...

Los filósofos de aquellos tiempos se debatían en grandes discusiones sobre la verdad. Lo justo e injusto, lo verdadero y lo falso. Eran problemas que apasionaban a los intelectuales de aquella época; pero la verdad no llegaba clara a sus inteligencias por que su triunfo significaba el derrumbamiento de toda la organización social de aquel mundo materializado que

había levantado sus ídolos al vicio y al placer.

Y hoy como ayer, los poncios de la mayor parte de los Estados del universo, vuelven la espalda a la *verdad*, para buscar en la mentira y en el engaño, la satisfacción de sus desmedidas ambiciones. Tal vez, una perversidad, que no existía en la cobardía de Pilatos, anime a estos rectores del mundo actual, a apartarse de la *verdad*, entronizando el error y la mentira como leyes que sirvan de base en la nueva organización de los pueblos.

Parece, a veces, inconcebible a la mente humana, que quienes rigen el destino de los países de la última guerra, establezcan leyes y disposiciones tan absurdas que a la vista de todos son claras contradicciones de la verdad y de la justicia.

Un día, es la traición alevosa al amigo fiel que perdió la paz por seguir el consejo de quien creía su mejor protector. Más tarde, es la claudicación vergonzosa ante los enemigos de la *verdad*, por una cuestión de amor propio mal entendida, o por dejarse llevar de la pasión rencorosa contra determinados países. Más tarde, es la cobarde cooperación a unas medidas arbitrarias, sacrificando a toda una nación, por una amistad oportunista. Más adelante, son los intereses económicos quienes prevalecen sobre la lealtad, el honor, la dignidad y el respeto a la justicia y a la verdad.

Y esto es la claudicación constante que los periódicos nos descubren a través de sus informaciones. Es la traición a la *verdad* y a la justicia, es la cobardía de los «poncios» de hoy que gobiernan los pueblos y las naciones.

En medio de tanta falsedad e hipocresía, una voz, la del Santo Padre, clama constantemente a todos, señalándoles la única *verdad* y el único camino que deben de seguir los pueblos y los hombres para encontrar toda la felicidad que se puede conseguir en este planeta que habitamos.

Su voz, es la voz apenada del Padre común, que llama constantemente a sus hijos, invitándoles a volver de nuevo a la casa paterna, donde el amor redimirá de nuevo a todos de sus errores pasados. Oyen todos sus gritos angustiados, y comprenden su razón poderosa, pero sus debilidades humanas, sus apasionamientos, sus ambiciones, se detienen ante la *verdad* que representaba Jesús de Nazaret, delante del Procurador de la Judea.

El orgullo detiene el gesto grandioso que deberían de realizar los poderosos de la tierra, reconociendo la única *verdad* que es la que se escucha desde el Vaticano, desde hace muchos siglos.

Las ambiciones de los que dirigen las naciones han llevado al mundo a la más espantosa de las guerras. Su ambición no ha sido satisfecha aún y todavía continúan en sus errores, preparando nuevas destrucciones que acaben con esta humanidad que padece las consecuencias de verse gobernada por hombres que han vuelto sus espaldas a la *verdad* y quieren construir un mundo feliz basado en la mentira y en la falsedad.

Mientras continúen los políticos y dirigentes de masas, acaudillando a los pueblos por el camino del error, seguiremos sufriendo las consecuencias de sus equi-

vocaciones, que si en el poncio de Judea hubo cobardía o ignorancia, en los «poncios» modernos hay la perversidad de quien sabiendo dónde está la *verdad*, se aparta de ella para llevar a sus pueblos a la hecatombe y a la destrucción como se lleva mansamente a la muerte a la dócil oveja, con engaños y halagadoras promesas.

La *verdad*, era Jesús de Nazaret, que delante de Pilatos, maniatado y perseguido por todos, aguardaba el fallo de una injusticia que había de repetirse muchas veces a través de los siglos.

R.

EL FRACASO DE LOS INTELLECTUALES

Recorriendo la historia del mundo, nos damos cuenta de que vivimos en la actualidad una época que muy bien pudiéramos llamar en contraposición de otra pasada, «el siglo de la calderilla».

Los intelectuales de hoy, son muy parecidos a la moneda fraccionaria de todas las épocas que de momento, su novedad o su poco uso, les da cierto brillo y esplendor, pero rápidamente se pone al descubierto el poco valor de sus aleaciones, cubriéndose con la capa oxidada de su falsedad.

Hoy, no existen intelectuales. El mundo ha ido degenerando en las personalidades. Yo no se si tendrán la culpa las nuevas formas políticas de los pueblos que no dejan pasar a los altos cargos a quienes deberían de estar al frente de los destinos de sus respectivas naciones o si es que en este siglo en que vivimos las inteligencias han sufrido un gran retroceso intelectual.

Si comparamos los grandes genios de los siglos pasados, de los literatos, de los políticos, de los hombres de ciencia, nos encontramos, desgraciadamente, con un retroceso intelectual.

Contemplad el mundo actual y observareis el espantoso fracaso de sus dirigentes. No encontrareis ninguna personalidad en ellos que merezca la pena de que la historia lo registre en sus páginas. Tal vez, si pudiéramos leerla, no sería ciertamente para cantar un himno a sus preclaras inteligencias, ni siquiera a sus patrióticas actitudes en sus respectivas circunstancias.

Algunas veces, los desatinos tan reiterados de los hombres de Estado, que padecen los pueblos del mundo, son tan coincidentes y tan unánimes que me hacen pensar, si el error no estará de mi parte y la claridad del día que hiere mis pupilas, no será noche oscura de mi escasa inteligencia.

No obstante, mientras siga luciendo el sol, seguiré creyendo que es de día, aunque todos coincidan en gritarme que las tinieblas más espesas ciegan toda visión.

X.

Comentando

Día del Seminario

Aprovecho la ocasión de celebrarse dentro de breves días el llamado «Día del Seminario», para hablar algo sobre esta institución docente, hoy tan poco conocida del pueblo, a pesar de todo lo que sobre este tema se nos está diciendo constantemente. Y creo conveniente, ya que se celebra el «Día del Seminario», pintar en breves líneas la vida de «un día de Seminario».

Mucha gente confunde al Seminario con el interior de un túnel. Creen que dentro de él solo hay oscuridad, austeridad, gravedad, meditaciones profundas, comida escasa y mala, mucha oración y poco sueño, severidad y disciplinas de todas clases. Creen que la oscuridad del panorama cierra los ojos a la luz de la alegría y que el alma se entristece. Nada peor para la juventud que esta vida aburrida y monótona de estudiar cosas raras e inútiles, rezar por la mañana y por la tarde y a media noche, meditar constantemente sobre la muerte, y todo a estómago medio vacío. Noche tenebrosa que, naturalmente, termina en una tuberculosis o en una anemia, o en una anemia tuberculosa.

Quisiera que pasaseis un solo día en un Seminario. Y no un día de fiesta, precisamente. Ya veríais qué distinto es el panorama. Ciertamente que se reza y se medita y se estudia. ¡Cómo no! Si no fuese así, para qué serviría esta institución?

Naturalmente, los que han de ser directores de conciencias y guías de almas, tienen, por necesidad, que tener como asignatura principalísima en su preparación para el día de mañana, la de la formación de su alma propia. Y esto se logra, no queriendo hacerles piadosos, porque los seminaristas, si no lo fuesen se marcharían del Seminario, sino orientando su piedad y formando su espíritu. Nada mejor para esto que las prácticas piadosas, de misa y comunión diaria, ejercicios espirituales, meditaciones y oración. Igual que a los seglares. Ciertamente que rezan más que nosotros. Pero es que ellos sienten alegría en el rezo y lo hacen por su gusto. Y no se crea que se pasan todo el día entre oraciones y meditaciones. Nada de esto. Tienen sus horas determinadas para ello. Y casi me atrevo a asegurar que si se les dejase, cambiarían muchos ratos de recreo por ratos de oración.

Se levantan temprano. Eso, si. Madrugan y oyen su misa en la que comulgan «los que quieren», porque no se les obliga tampoco a esto. Quieren todos y hacen bien. Desayunan bien y el resto de la mañana lo alternan entre estudios y clases. Es lógico que estudien latín, filosofía, teología, moral, liturgia etc., por ser esto esencial para su carrera. Pero al lado de estos estudios que pudiéramos llamar «de especialidad» tienen otros de cultura general: matemáticas, ciencias, historias, geografía... de todo no un poco, sino bastante. Y sobre todo esto, literatura en todas sus ramas. Es también natural, que el que al púlpito y a la enseñanza se ha de dedicar estudie a fondo la literatura. Como se ve, la preparación del sacerdote no puede

RELIGION Y PATRIA

Periódico de propaganda

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un ejemplar al mes ptas. 4, al año
Cinco ejemplares al mes ptas. 1'50
mensual

ser más completa. Y si a estos estudios se añade la parte práctica de oratoria y de retórica, así como las obligadas improvisaciones y, sobre todo, la obligada asiduidad al estudio y al aprovechamiento del tiempo, hasta el punto de no aceptar alumnos con malas calificaciones, podremos asegurar sin temor a equivocaciones, que la carrera del sacerdocio no solo es la más larga de cuantas en el mundo se estudian, sino, que, además, es la más fuerte, y sus alumnos salen del Seminario con unos conocimientos extensísimos en todos los órdenes del saber, y con una preparación admirable para poder realizar su misión en cualquier círculo de personas cultas.

Toda esta exigencia, parece que confirma, hasta cierto punto, la teoría del Seminario-túnel, y nada más apartado de esto. Sobra tiempo para todo. Los estudiantes seminarios, como estudian por vocación y por amor de Dios quieren llegar a ser buenos sacerdotes, ponen voluntariamente empeño en su trabajo. Es rarísimo ver un castigo en un Seminario. Esto ya es de por sí bastante aleccionador. He dicho que sobra tiempo para todo y es verdad. Comen con calma una comida abundante y sana, y tienen su merienda y su cena de la misma calidad. Y también tienen sus recreos en los que juegan o charlan a sus anchas durante bastante tiempo, y con más armonía que en cualquiera otra parte. Como todos son iguales en ideario y en educación, y como todos quieren ser buenos y llegar a ser buenos sacerdotes, en sus recreos, en vez de distraerse a costa de algún compañero víctima, se dedican a hacerse felices unos a otros y a no molestarse. Esta alegría que se nota en los Seminarios, y no solo en sus recreos sino en todas partes, no se puede describir.

Hay que verla y mejor aún vivirla. Se comprende fácilmente que la rectitud de conciencia y de conducta pueda ser causa de la felicidad. Lo que no se comprende es el cómo se realiza esta felicidad. No lo comprendemos los que desde el mundo miramos todas las cosas con picardía o con temores... que allí no existen.

Y se acuestan temprano para dormir bien y tranquilos en buena cama. No tienen preocupaciones de negocios ni de ninguna clase, son buenos y están satisfecho de sí mismos, tienen la conciencia del deber cumplido, tienen la esperanza puesta en Dios, y a El se encomiendan antes de cerrar los ojos. Hasta que la campana mañanera les despierte y la voz grave y pausada del Inspector entone:

«Te Deum laudamus...»

HERO

Solución al Jeroglífico núm. 46, por Moran
Unos blancos cercados por unos negros



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen

VALENCIA

Jeroglífico núm. 47, por Moran

2 notas 5 aton E
2 notas 5 aton E
2 notas 5 aton E
2 notas 5 aton E

500 i 5 aton
T aton E

¿Cómo lo pasaste estos días con la nieve?

César Alvarez Prieto

Pintor y constructor de obras

Av. del Molinón, 2 - Tel. 3115

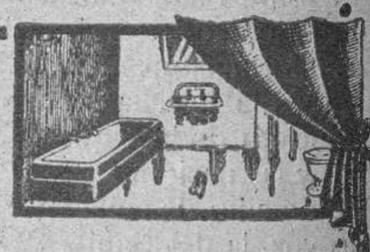
GIJON

Arbúes

Materiales de
Saneamiento
y
Construcción

Cuartos de baño,
cocinas, etc.

Alvarez
Garaya, 25
Teléf. 1230



GIJON

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)